

ALFREDO CONDE
EL BEATO

LXII PREMIO DE NOVELA
ATENEIO CIUDAD DE VALLADOLID

algaida



La novela *El beato*, de Alfredo Conde, resultó ganadora del LXII Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Primera edición: octubre, 2016

© Alfredo Conde, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-356-0
Depósito legal: SE. 354-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Proemio	13
Lámina primera	23
Lámina segunda	31
Tercera lámina	43
Descripción de algunos pormenores que oculta la lámina tercera	51
Lámina cuarta	61
Lámina quinta	67
Lámina sexta	73
Lámina séptima	83
Lámina octava	89
Lámina novena	95
Lámina décima	101
Lámina undécima	107
Lámina duodécima	113
Lámina decimotercera	119
Lámina decimocuarta	125
Lámina decimoquinta	133
Lámina decimosexta	141
Lámina decimoséptima	147
Lámina decimoctava	155
Lámina decimonovena	161

Lámina vigésima	169
Lámina vigésima primera	175
Lámina vigésima segunda	181
Lámina vigésima tercera	187
Lámina vigésima cuarta	193
Lámina vigésima quinta	199
Lámina vigésima sexta	205
Lámina vigésima séptima	211
Lámina vigésima octava	217
Lámina vigésima novena	223
Lámina trigésima	229
Lámina trigésima primera	237
Lámina trigésima segunda	241
Lámina trigésima tercera	247
Coda	253

*A Carmen, Pablo, Gonzalo y Sergio,
para que no se olviden nunca de que
las personas de una pieza no abundan.
Afortunadamente.*

No es que los personajes de este libro no tengan nada que ver con la realidad. Lo tienen. Pero todos ellos y los hechos que viven, antes o después de muertos, son producto de la imaginación del autor.

Si los lectores ven ciertas similitudes y coincidencias con hechos o personajes de la vida real es porque las hay. Pero ni cronológicamente están bien distribuidas, ni sucedieron así y, ni mucho menos, el beato cuyo espíritu vaga por el aire interior de la iglesia de San Francisco de Puebla Nueva de los Ángeles y corresponde al que el autor y ustedes pudieran estar pensando en este momento es el que es; sino que es otro que se le parece mucho, sí, pero que no es el mismo. Abunda leerse la literatura hagiográfica escrita sobre él para darse cuenta de inmediato de que, o bien este no es mi Julián, que me lo han cambiado, o bien que ya que no puede ser el mismo, aun pudiendo serlo, no lo sea porque las historias son como se cuentan y no como se piensan.

Otra cosa es que hayan sido o no reales, el tal beato y el resto de los personajes, que lo fueron los más de ellos;

pero crean al autor si les advierte que por mucho que hayan vivido gentes así y sucedido hechos como los que aquí se narran nunca lo hicieron exactamente tal y como aquí se relata. O sí, depende. En todo caso, consuélense pensando que tampoco fueron como los cuentan en otros sitios. En todo caso, créanlo o no, este libro es sencilla y humildemente una novela.

PROEMIO

CONTEMPLO MI VIDA EN IMÁGENES Y ME SONRÍO. RECONOZCO que pudiera sonar a irreverencia. Está resumida en ellas, en esas imágenes, según se informa y recuerdo cada vez que las observo, con detenimiento, en este libro que alguien debió de dejar olvidado encima de uno de los bancos de la iglesia, no sé si para mi regodeo o si para mi martirio. Ahora mismo lo estoy haciendo, ahora mismo estoy sonriendo.

Mi vida está condensada en esas imágenes, de forma que pudiera parecer reiterativa y contumaz, que el autor denominó «Colección de estampas que representan los principales hechos y prodigios del Beato Fray Julián de Chaguazoso, religioso franciscano de la Provincia del Santo Evangelio de México». Lo hizo así, de forma repetitiva y obstinada, él sabrá por qué. Yo lo imagino. Lástima. Llegó el momento de enmendarlo.

Después de la entradilla que acabo de reproducir matiza el reverendo, se ve que era vicio de la época, que «fue dispuesta, la tal colección, por el R. P. Fr. Tadeo de la

Aguadilla, de la misma Orden y Provincia, y Postulador de la Beatificación del Expresado Siervo de Dios».

En principio, debería reconocer que no sé leer. Pero sí sé otras muchas cosas; por ejemplo, que Chaguazoso significa «lugar en el que siempre hay agua». Tanta hay y tan sorprendente que, debajo del castro del Cabezo, en el pasadizo que se introduce en el monte y llega hasta interiores nunca visitados, el agua surge en verano y desaparece en invierno, como queriendo llevarle la contraria al fluir natural que rige la vida de los seres; incluida la del agua, que es también un ser vivo, sin duda alguna. No podía ser de otro modo. Aunque reconozco que si les dijese la verdad les mentiría. ¿O es que el agua no tiene vida?

En principio, no sé leer, les decía; después, ya veremos. Ni siquiera la muerte me ha dado el don de la interpretación de los signos que componen la escritura y conforman las palabras. No sé si sentirlo o si admirarme de ello, pues tiempo he tenido para aprender a hacerlo, más que suficiente, desde que abandoné el mundo, he de confesarles que muy a mi pesar.

No sé leer, pero hay algo que me dicta las palabras que se suceden, unas a otras, en renglones que nunca son como surcos en pardas sementeras, sino como alientos que se encadenan y, a veces, llegan a producir suspiros, lamentos en otras, sueños casi siempre. También el agua se escurre entre las manos, las quema si se ha vuelto hielo o no la ves aunque la sientas cuando está en el aire, evaporada.

El agua y sus estados. La sabes siempre ahí, presente en medio de la luz del verano, silenciosa y oculta bajo la tierra durante las tinieblas del invierno, fluyendo siem-

pre, como las mareas que se encadenan y nos dicen lo que intuimos sin que sepamos cómo. ¡Ah, la interpretación de los signos, esa ciencia que no me fue dada en vida y he tenido que esperar aquí a que fuese surgiendo poco a poco como el agua del Cabezo de Chaguazoso cuando llega la luz!

En ocasiones, cuando observo las caras de quienes acuden a contemplar mi cadáver momificado para venerarlo, tengo la sensación de que lo que menos les importa es si fui analfabeto o no. Sospecho que ni siquiera lo tienen en consideración. Qué les importará a los más de ellos, ayunos como yo del alfabeto y sus misterios, ignorantes de los millones de combinaciones que se pueden formar con apenas treinta garabatos, mientras permanecen tranquilos en su ignorancia, ocupados que están en ver crecer la hierba, otear como fluye el viento, discernir por qué giran las estrellas sobre nuestras cabezas marcando el ritmo de las estaciones e indicándonos caminos.

La verdad es que a mí, a estas alturas y dado el tiempo transcurrido desde entonces, desde que me morí, tampoco me importa mucho; ni mucho, ni poco; no me importa nada. En cambio, me sonrío cada vez que recuerdo cómo, sin saber leer ni escribir, profesé en religión en la Orden Franciscana.

En Tlaxcala, en 1521, los frailes de mi Orden, ignorantes de que yo habría de llegar allí en pocos años, lograron que quinientos niños supiesen hablar, leer y escribir en latín, náhuatl y español. No creo que lo hicieran para que me avergonzase una vez allí llegado. Y no me avergoncé. Quizá por eso conmigo fueron incapaces. Acaso

porque lo que necesitaban de mí no era mi sabiduría, ni siquiera mis conocimientos, aunque sí algo de mi supuesta bondad, acaso no poco de mi dinero.

También me sonrío si pienso en cómo me enriquecí, tanto y tantas veces, a lo largo de mi vida. Lo hice, una vez detrás de otra, hasta llegar a la edad provecta de sesenta y siete años. Entonces hice todo lo posible por volverme pobre. Yo que nunca había sido nada, tan solo rico. Fue cuando ingresé en la Orden buscando el amparo del convento y la mano de Dios posada, con la exigible dulzura, encima de mi alma atormentada. Pero también su silencio, el de ambos. Parece ser que lo logré. Ahora lo rompo.

Mi alma. Ella es la que debe estar aquí, eternamente suspensa en la extraña sensación de saber de sí misma y de los ajenos pesares y alegrías. Pero de nada más. Sí, de nada más.

Permanecer aquí, sin capacidad de obrar, suspendido sobre la conciencia de mí mismo. Sin posibilidad alguna de alertar a la gente de la proximidad del dinero que necesitan o ansían; incapaz de avisarlos de la posibilidad de curación de sus males; ajena a la concesión de mil favores sencillos o complicados, según la vida decida presentárselos. Atenta que está tan solo al devenir del tiempo y de las conciencias que lo invaden y que se dirían que son siempre las mismas. Tan idénticas son unas a otras; tan repetitivas y monótonas. Tan semejantes los favores que casi nunca logran satisfacer si no es con el arma de su propia inteligencia así determinada. ¿Seré un santo agnóstico? Sé que puedo ser y soy un santo analfabeto. Sé que al final solo soy un pobre fraile analfabeto que tiene su cadáver

retenido en una urna y el alma suspendida encima de sí mismo.

Por eso me resulta tan tediosa la contemplación de la devoción hacia mi cuerpo incorrupto, por muy bien conservado que se encuentre; sabe Dios por qué, pues aún no me he atrevido a preguntárselo. ¡Oh, Dios! ¡Dios, Dios! ¡Esa conciencia lejana que siempre he sentido, nunca contemplado, pero que sé ahí, suspendida en el tiempo, ajena a él, diríase que como yo mismo!

El caso es que viene la gente y me contempla. Desconocen que, además de a mí mismo, yo los contemplo a ellos. ¡Ah, si tan solo lo sospechasen! Pero no lo sospechan. Ni siquiera el fraile hagiógrafo.

No he hablado con él, con fray Tadeo. Tan solo lo vi a lo lejos, hace un par de cientos de años. Dispuso mi vida en imágenes, dibujándolas en 1789, en Roma, mientras yo lo contemplaba desde esta proximidad que nunca se mide en la distancia, sino que tan solo se siente, aunque no sepas cómo. Es fácil deducir que lleva muerto ya muchos años. Sin embargo, no tengo noticia de que su cadáver no se lo haya comido la tierra, al contrario que el mío. Es plausible suponer que le debió de resultar algo indigesto.

¡Pobre tierra mexicana, que me negó el descanso, que no me acogió en su seno y no me ha sido leve después de tantos siglos! ¡La sigo amando tanto!

Quizá sea no porque esta me rechace, que no creo que lo haga, sino porque mi cuerpo ansía la distante tierra desde la que llegué hasta esta otra, tan lejana. Soy gallego, ya saben. Soy de esa especie que incorporó la palabra «morri-

ña» a la cultura universal. Morriña, como si fuese una muerte pequeña sufrida en vida.

Dicen los últimos estudiosos del tema, lo dijeron ayer mismo, que es por causa del radón, de ese gas noble que se desprende de las piedras de granito al que los gallegos estamos tan acostumbrados que, la ausencia de sus emanaciones nos produce un síndrome de abstinencia, una pequeña muerte, que nos convierte en *saudosos*; es decir, en pacientes del síndrome de la «saudade», esa otra palabra que solo nosotros y nuestros hijos portugueses entendemos.

Quizá porque la tierra se haya comido el cadáver de fray Tadeo de la Aguadilla, su alma no haya podido quedar suspendida sobre él, como sucede en mi caso. Se trata de misterios que ni la muerte consigue resolver. Cuestión de gases, casi seguro. Los hay que elevan, los hay que matan, otros que hacen reír, no pocos que producen lágrimas, pero casi todos causan llantos. No nos preocupemos por el que a mí me impele a esta suspensión vagarosa e incógnita, por el radón. Vayamos con las imágenes, con los dibujos de fray Tadeo.

Para empezar, fray Tadeo me dibujó con una vaca al lado. Puede que sea un toro. Es curiosa la cabeza de la res. En el testuz, en el lugar sobre el que en mi tierra les colocábamos a los bueyes un pellejo de perro cada vez que los uncíamos al yugo para que tirasen de los carros, a fin de que les evitasen las molestias de las moscas, en el testuz, esta res del dibujo luce una espesa y rizada cabellera. Quizá lo haga en sustitución de aquella de la que yo me veo privado; tan calvo me imagina, el muy canalla del fraile

que postuló mi nombre para la beatitud; mal sabe él en cuál me hallo, mientras me luce todo el pelo, todo el pelo propio de mis noventa y ocho años.

Luce el animal del dibujo unos pómulos salientes y unos ojos tan humanos como los míos o más, la cornamenta echada hacia atrás, la mirada baja y mansa. Mis ojos, en cambio, se ofrecen caídos hacia los lóbulos de las orejas y la mirada se pierde en un infinito que nunca supuse ni siquiera algo parecido a este que ahora habito. La suya, en cambio, es directa y dulce, aunque algo achinados sean sus ojos.

Sostiene mi mano zurda un rosario y la diestra algo que no identifico, quizá una bolla de pan, quizá un paño, quién sabe si algo con lo que mortificarme el antebrazo. Sin embargo, lo que más llama la atención es la cabeza de la res. Sus pómulos son como los míos; pronunciado su mentón como también lo es el mío, aunque carente de una sonrisa como la que yo luzco, que se ofrece entre escéptica y despectiva, aunque también pueda parecer dura y distraída; algo que, lo juro, creo no haber tenido o sido nunca, ni distraído, ni duro, como el mentón sugiere.

Así comienza el fraile la descripción en imágenes de lo que fue mi vida, dibujando la que pretende hacer pasar por mi vera efigie, pero ¿fue así? La verdad es que no recuerdo haber visto nunca a fray Tadeo por estas tierras; quizá me pasase desapercibido. Y la verdad es que tampoco me acuerdo mucho de cómo fui. Quizá porque como más tiempo he sido es como soy en la carne mortal que se conserva en esta iglesia de Puebla Nueva de los Ángeles en la que mi alma, es decir, yo, moro desde que morí. ¡Bonito juego de palabras!

La verdad es que esta vela eterna en la que vivo, Dios sabrá hasta cuándo, llega a producir hastío y, con él, con el hastío, llegan los momentos de despiste, las ausencias a las que me abandono en manos del recuerdo y la nostalgia. En alguno de esos momentos debió de venir el fraile por aquí, Dios lo perdone y me perdone a mí, en ese caso, pues no lo recuerdo y, lo que es peor, no siento por ello pena alguna.

No pocos de los rasgos que ofrece mi cadáver sí que están representados en la lámina. Los del mentón y la nariz ganchuda, judaica, los reconozco propios. Pero ni aun estando en donde estoy percibo el aura con la que fray Tadeo hace que brille mi cráneo entero, no solo la calva. Las orejas son las de un viejo, tan crecidas se muestran. El resto es anodino. Se trata de la imagen vulgar de un vulgar fraile franciscano.

Detrás de mi imagen hay un árbol frondoso que no sabré decir a qué especie pertenece. La eternidad no te informa de estos pormenores. También intuyo un río sobre la cabeza de la res que mucho me gustaría que fuese la de una vaca, porque, en mi tiempo y aun en otros, un gallego sin vaca no era, ni casi todavía hoy es, nadie; lo mismo que sin el *radón* que envuelva su cuerpo y pula su alma hacia los incógnitos lugares que habita la mía, puede que no sea ni siquiera gallego¹.

¹ Sabido es que las almas en pena de los gallegos transitan por el mundo procesionalmente ordenados en la Santa Compañía, que, en caso de ser náutica, se llama A Santa Estadea do Mar. Puede que la de fray Julián de Chaguazoso pertenezca a esta segunda, de la que haya quedado descolgada por haber llegado tarde al embarque.

Quizá lo que intuyo sobre la cabeza de la vaca no se trate de un río y sí de un prado. Lo ignoro. Pero lo pienso. Una vaca sin prado tiene que pastar en las orillas de los caminos y, entonces, los visitantes suelen recapacitar, creen que de muy sabio modo, acerca de las manías que nos dan a los gallegos que sacamos las vacas de paseo, atadas por una cuerda que no soltamos de la mano ni siquiera para rascarnos la cabeza por debajo de la montera. ¡Ignorantes! Qué sabrán ellos de vacas y miserias. Sigamos con la imagen descriptiva.

Al otro lado de lo que supongo río, sobre lo que intuyo una ribera, parece significarse una lluvia que surge de entre el cielo y la tierra, como si entre uno y otra no existiese nada. No creo que fray Tadeo sospechase acerca de mi estado y por eso lo dibujase así, como si fuera un limbo al que fuesen a parar las almas de las vacas del país, tan mansas y con tan buena leche casi todas ellas.

San Brandán, un santo gallego que se fue a predicar a Irlanda, dejó descrito, en el siglo XII, el primer Purgatorio del que se tiene noticia. Había en él, según el santo, un único tormento: el de la lluvia eterna. Pero no se sabe aún si el Purgatorio es un lugar o un estado. Los más sabios dicen que se trata de una geografía mental; los papas aún no se han puesto de acuerdo. Yo no tengo opinión a ese respecto.

Lutero despreció el Purgatorio de forma abierta. Lo llamó «El Tercer Lugar», con todo el desprecio posible, y afirmó que a diferencia del cielo y del infierno, tiene futuro. Quizá sea, esta indefinición en la que habito, un tercer lugar lleno de futuro. Un purgatorio. De

momento, solo veo el pasado y vivo siempre en un continuado presente que, como les decía, en ocasiones está lleno de tedio y puede que sea el responsable de esa media sonrisa, escéptica y algo lamentable, que muestra la que pretende ser mi vera imagen. El resto de mi historia está en las láminas que siguen a esta que aquí mismo dejo ya de describirles.